



La actuación del

Josep M.^a Morrerres i Boix

La actuación del ejército en España

LA necesidad de un ejército para la defensa del territorio y la salvaguarda de la independencia nacional no es cuestionada en la actualidad ni por partidos de derechas ni de izquierdas. Parece evidente que toda sociedad precisa de un cuerpo armado para defenderse de cualquier injerencia externa.

Desde donde abarca nuestro conocimiento todas las sociedades han recurrido al uso de las armas para mantener su visión del orden social, originando distintos tipos de organización militar. El ejército nacional, con oficialidad profesionalizada y servicio militar obligatorio es la organización típica de la sociedad industrializada.

¿Cumple el ejército la misión que le ha sido encomen-

dada por la sociedad? Vamos a intentar ver en este trabajo una visión global de la actuación del ejército, desde inicios del pasado siglo hasta la guerra civil.

La defensa del territorio

El ejército nacional español surge a principios del siglo XIX con la guerra de la Independencia. Este ejército no tenía nada que ver con el ejército real del Antiguo Régimen que había permitido la invasión francesa sin oponer resistencia, y que incluso había colaborado con el invasor para reprimir los primeros brotes insurreccionales.

En el ejército que se forja en la guerra contra el francés la oficialidad, de extracción noble proveniente del antiguo ejército real, debe coexistir con los líderes civiles, surgidos

del pueblo, que alcanzan sus galones por su valentía y su audacia. El hecho de no plantearse una guerra tradicional, con dos fuertes ejércitos enfrentados el uno al otro, sino de establecerse la guerra de guerrillas con una dirección totalmente descentralizada—juntas de defensa— y una táctica que permitía atacar al enemigo cuando éste se encontraba en inferioridad de condiciones, para dispersarse acto seguido, facilitó este fenómeno.

El ejército real se desmoronó con la invasión francesa como el resto de las instituciones del Antiguo Régimen. Al no defender el ejército la integridad del territorio y de sus instituciones esta defensa pasó a milicias voluntarias de carácter popular, de base municipal y regional. Sólo una minoría de la oficialidad abrazó la causa patriota, y al hacerlo, debió renunciar, si no de forma explícita sí tácita, a sus privilegios de casta. El nuevo ejército se es-



Ejército en España

(1808-1939)

estructuró a base de un reclutamiento mayoritariamente campesino, local y voluntario, y sus dirigentes, salvo en el caso de los antiguos oficiales, surgieron espontáneamente; fueron hombres que asumieron la jefatura por su personalidad carismática o su acción audaz, no por su procedencia. En muchos casos se trataba de antiguos bandoleros o contrabandistas.

Las Cortes de Cádiz ratificaron este hecho al abolir la obligatoriedad de las pruebas de nobleza para acceder a la oficialidad; al mismo tiempo que establecían el ejército permanente frente a las milicias y la dependencia de éste del poder legislativo.

Pero tampoco este ejército nacional —tras el primer período absolutista de Fernando VII— supo defender efectivamente el territorio. En 1823 la Santa Alianza intervenía militarmente en España en apoyo a la insurrección realista que

había establecido la regencia de Urgel. No hubo un intento serio por parte de los militares para contener la invasión de los «Cien mil Hijos de San Luis», tanto por su debilidad orgánica como su desidia. Tampoco prosperó esta vez el llamamiento a la formación de un ejército voluntario.

El resultado fue el triunfo de la insurrección realista, con el restablecimiento del absolutismo, lo que llevó a una drástica depuración del ejército, que no se había mostrado reacio al liberalismo.

Las campañas dentro del país

Si el ejército no supo prever la defensa de las fronteras, sí que colaboró en resolver, de forma sangrienta, las diferencias políticas de los españoles. En los dos últimos siglos España se ha visto ensangrentada

por seis guerras civiles: La insurrección realista (1821-1823); las tres guerras carlistas (1833-1840, 1846-1849 y 1869-1876) la insurrección cantonalista (1873-1874) y la última guerra civil (1936-1939). A estas guerras, que tuvieron un carácter generalizado, habría que sumar multitud de intentos insurreccionales que, o no prosperaron, o fueron reprimidos de forma drástica por el ejército. Por su proximidad cabría destacar los intentos insurreccionales anarquistas en la comarca de Berga, en 1933, y la Revolución de Asturias, junto al conato de revuelta de Compagnys, en octubre de 1934.

No puede fijarse una única orientación política en la actuación del ejército en estos conflictos.

—Durante la insurrección realista, que se inicia en 1821, la mayor parte del ejército permanece fiel a la Constitución. Tras el fracaso de la rebelión de la Guardia Real el absolu-

tismo se desarraigó de las ciudades y pasó a ser un fenómeno rural. Se crearon Juntas absolutistas en Navarra, Aragón y Galicia. Se retornó a la lucha guerrillera y el clero jugó un importante papel de agitación. Los absolutistas actuaron por partidas de voluntarios que, una vez restaurado el rey con el poder absoluto e iniciada la depuración del ejército de elementos liberales, se institucionalizaron como milicias provinciales, con el nombre de «Voluntarios Reales». La insurrección no hubiera tenido ninguna opción de victoria de no haber sido por la intervención extranjera. Por su lealtad a la Constitución el ejército permanente estuvo a punto de ser suprimido y reemplazado por las milicias. Incluso los militares de tendencia absolutista mostraron su desagrado por la institucionalización de las milicias reales.

A la muerte de Fernando VII se inicia la primera de las guerras carlistas. Aunque el ejército como tal defendió la sucesión de la Infanta Isabel algunos oficiales se sumaron a las milicias carlistas. Estos dominaban el País Vasco, Navarra y el norte de Aragón y Cataluña. Su táctica guerrillera



Pablo Morillo, conde de Cartagena (1778-1837).

hacía difícil la actuación del ejército regular, al que la inhospitalidad de la región y la carencia de medios minaban la moral. Los carlistas mantenían la hegemonía en la zona rural y montañosa, mientras que las ciudades constituían focos liberales en plena zona carlista. El peligro carlista llevó a permitir la creación de milicias urbanas, de carácter liberal, como respuesta a las milicias tradicionalistas, de formación campesina.

Las tropas carlistas intentaron romper el localismo de la guerra, organizando expedicio-

nes al resto de la península. El resultado de estas expediciones fue más espectacular que efectivo, pues si bien consiguieron llegar hasta Andalucía y a las mismas puertas de Madrid, la necesidad de vivir sobre el terreno confirmó la idea que de ellos se había formado la población: bandidos.

La primera guerra carlista no pudo saldarse en el campo de batalla, y por ello fue necesario llegar a un compromiso. En el acuerdo de Vergara el general Espartero prometió respetar los fueros vascos y permitir la integración de la oficialidad carlista en el ejército regular. El general Maroto, que firmó el acuerdo por parte de los carlistas, fue considerado como un traidor por el ala más radical de tradicionalismo.

El alcance de las guerras carlistas escapa al problema de la mera sucesión dinástica. Está conectado, por una parte, al enfrentamiento del tradicionalismo rural y los avances de la revolución burguesa, y, por otra, a la defensa de la identidad regional frente al centralismo jacobino. Se comprende así por qué surge una y otra vez la rebelión carlista en las mismas regiones.

En 1846, localizada esta vez únicamente en Cataluña, se reinicia la guerra, con un nuevo pretendiente: Montemolín. El veterano general de la primera guerra, Cabrera, comprendía la imposibilidad del triunfo ante la negativa de Navarra y el País Vasco, pero la fidelidad a los líderes locales se impuso, y la guerra se convirtió en la práctica de un bandolerismo a gran escala.

A partir de la Revolución de 1868 el carlismo volvió a reaparecer en la política española. En un principio intentó la vía legalista —que suponía el abandono de sus principios—, pero, ante el fracaso de ésta, se decidió por la insurrección armada.

El poco efecto que sentían los militares por la república y la desorganización militar que



Grabado que representa al duque de Angulema rindiendo pleitesia al rey Fernando VII, tras la decisiva actuación de los «Cien mil hijos de San Luis», en favor de la restauración del absolutismo en España en 1823.



Rafael del Riego (1785-1823).

supuso ésta dio a las fuerzas carlistas las máximas facilidades. En el norte llegó a existir una organización estatal completa. Las facilidades terminaron con la República unitaria de Serrano, que restableció la disciplina militar, y, finalmente, con la restauración alfonsina.

La causa carlista volvería a surgir el 19 de julio secundando la rebelión del general Mola en Navarra. Las fuerzas de

requetés, disciplinadas y adiestradas, jugaron un importante papel en la guerra civil.

Con la proclamación de la república federal, y ante la indecisión del gobierno para abordar de forma efectiva la dismantelación del centralismo borbónico, se produce la insurrección cantonal. Una vez iniciada la insurrección los objetivos de ésta no se limitaron a conseguir la autonomía municipal, sino que se inició una revolución social de carácter anarquista, como en Alcoy y Cartagena. Ello fue posible por la acción ideológica y organizativa que desarrolló la I Internacional desde la visita de Fannelli.

El ejército, bajo bandera republicana, reprimió con igual dureza la insurrección. Salvo excepciones la oficialidad no comulgaba con las ideas federalistas, y la resistencia que pudieron ofrecer los cantonalistas fue mínima. El general Pavía restableció el orden en Andalucía con un ejército de 2.000 hombres en el verano de 1873, y Martínez Campos ocupó Va-



Francisco Javier Elío (1767-1822).

lencia, tras una cruenta batalla, el 8 de agosto. El último bastión cantonalista fue Cartagena, que fue ocupada por el general López Domínguez en enero de 1874.

La represión de la insurrección cantonalista acarrió el descrédito de la república federal. El gobierno se vio abandonado tanto por la derecha —por no haber sabido mantener el orden— como por la izquierda —que le acusaba de



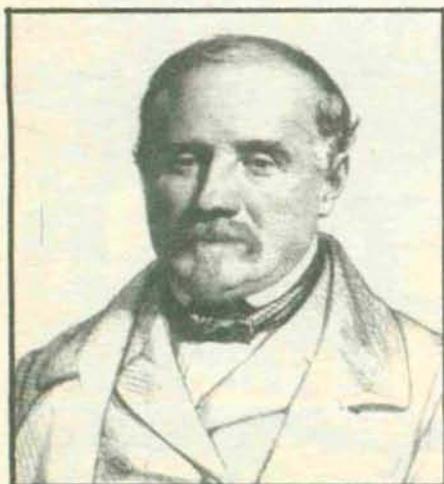
Convenio de Vergara, firmado en Oñate el 29 de agosto de 1839, y ratificado en Vergara mediante el abrazo simbólico que recoge el grabado entre los generales Espartero (por la Reina) y Maroto (por los carlistas), que dio término a la primera guerra carlista.



Baldomero Fernández Álvarez Espartero, duque de la Victoria y de Morella, conde de Luchana, príncipe de Vergara. Regente de la Nación de 1840 a 1843 (1793-1879).

haber reprimido a los cantonalistas mientras dejaba el campo libre a los carlistas—. La primera República estaba ya condenada.

La guerra de 1936 se inicia



Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena y duque de Tetuán (1809-1867).

con la rebelión de parte del ejército contra el legítimo gobierno de la república. Lo que debería haber sido un pronunciamiento, al estilo decimonónico, se convirtió en una guerra fratricida que arrasó España y causó más de un millón de muertos.

El golpe militar fracasó en la mayor parte de la península gracias a la decidida reacción popular, dirigida principalmente por los sindicatos obreros, que derrotó a los militares conjurados o impidió que se rebelaran. La guerra que siguió al levantamiento adquirió inmediatamente las características de una guerra de clases. Del lado franquista se alinearon la Iglesia, los terratenientes y la oligarquía financiera, y recibieron la ayuda de las potencias fascistas. En el lado re-

publicano se aglutinaron las fuerzas obreras y de la pequeña burguesía, fueron ayudados por la URSS y por México.

Buen número de oficiales permanecieron fieles a la República, pero la revolución antiautoritaria que se llevó a cabo, junto a la desconfianza de que eran objeto, les colocó en una difícil situación. Los que probaron su lealtad fueron admitidos en las milicias como consejeros.

En la guerra civil intervinieron, junto a los soldados españoles, mercenarios moros y soldados italianos y la aviación alemana en el bando nacionalista, y junto a los milicianos las «brigadas internacionales» y algunos tanquistas rusos. Esta «guerra civil» tuvo, pues, un marcado carácter internacional. Fue al mismo tiempo escenario de la primera revolución libertaria y banco de pruebas de los ejércitos de Hitler. El patriotismo fue la excusa para arrasar la patria una vez más.

Las guerras coloniales

El imperio español en América había iniciado su proceso de emancipación durante el vacío político que supuso la invasión francesa y la posterior guerra. Al restaurarse la monarquía absoluta Fernando VII



Juan Prim, conde de Reus y marqués de los Castillejos (1814-1870).

se propuso restablecer también en el continente americano la anterior situación. La primera expedición fue la del general Morillo, que, con 10.000 hombres, ocupó la zona de Venezuela. La precaria situación económica en que se encontraba España después de la guerra no permitiría la continuidad de este esfuerzo. Victoria tras victoria los líderes independentistas, José de San Martín y Simón Bolívar, iban configurando la imagen de la actual Sudamérica.

Las derrotas en ultramar provocaban el descontento en el ejército, haciendo responsable al sistema absolutista de la poca efectividad y de la carencia de medios.

Con la vuelta al liberalismo de 1820 la recuperación de América se da prácticamente como perdida. Salvo aisladas e infortunadas aventuras, como el intento de ocupación de Santo Domingo (1861-1865) y la intervención militar, junto a Napoleón III, en México (1861-1862) para proteger los bienes españoles de la revolución.

Del vasto imperio americano sólo le quedaron a España las islas de Cuba, Puerto Rico y parte de la de Santo Domingo. Cuba sería el nuevo foco insurreccional, donde se forjarían generales y se perderían ejércitos.

La primera guerra cubana,



Francisco Serrano, conde de San Antonio y duque de la Torre. Regente de la Nación de 1869 a 1870. (1810-1885).



Ramón María Narváez, duque de Valencia (1800-1868).

llamada Guerra de los Diez Años (1868-1878), fue provocada por la anacrónica administración española a que estaba sometida la rica isla del Caribe. Las tímidas aspiraciones reformistas de los hacendados fueron superadas en breve por el movimiento secesionista que despertaron. Este fue capitaneado por Céspedes, que, rebelando a los esclavos, organizó la guerra de guerrillas en el sector oriental de la isla. El capitán general de la isla, Dulce, intentó una política conciliadora que fracasó ante la intransigencia de los sectores más reaccionarios. La guerra de Cuba comprometió la promesa de los dirigentes de la Revolución de 1868 de abolir las quintas, al tener que mandar nuevos refuerzos a la isla, donde el peor enemigo era la enfer-

medad. La paz de Zanjón, firmada en febrero de 1878, no consiguió solucionar el problema.

La guerra volvió a reaparecer en 1895, y en esta ocasión



Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque. Disolvió las Cortes, en un golpe de Estado, el 3 de enero de 1874 (1827-1895).

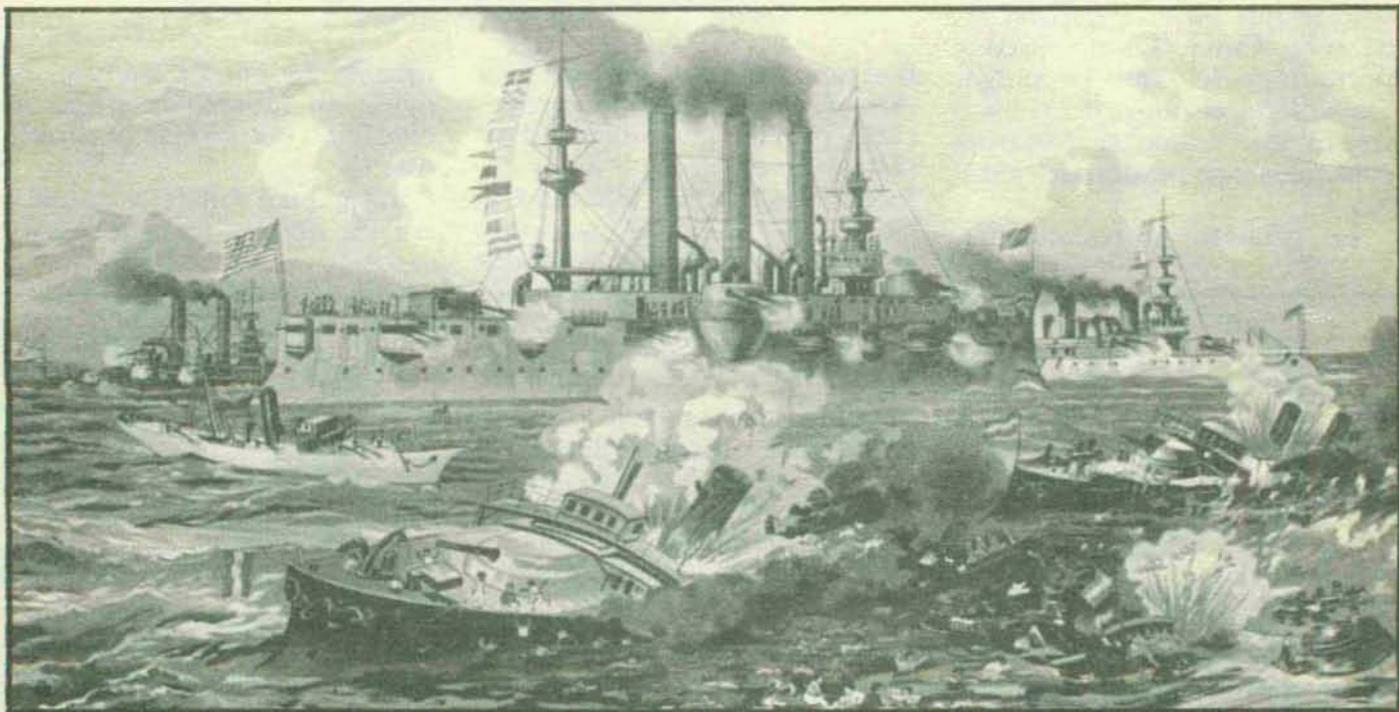
la ayuda a los secesionistas cubanos de los Estados Unidos fue decisiva. Las flotas españolas, la del Pacífico y la del Atlántico, fueron destruidas por la armada americana en una lucha desigual.

El ejército no podía vencer en Cuba porque la solución debía de ser política y no militar. Martínez Campos, partidario de la reforma administrativa, no quiso emplear medidas drásticas contra las guerrillas y fue sustituido por el general Weiler. La campaña de terror desatada por Weiler, con la reclusión de la población civil en campos de concentración para impedir su ayuda a la guerrilla, pese a restablecer una aparente normalidad y aislar a los insurrectos, no consiguió vencerlos. El hundimiento de la flota obligó a la capitulación de España. La derrota de Cuba marcaría a toda una generación.

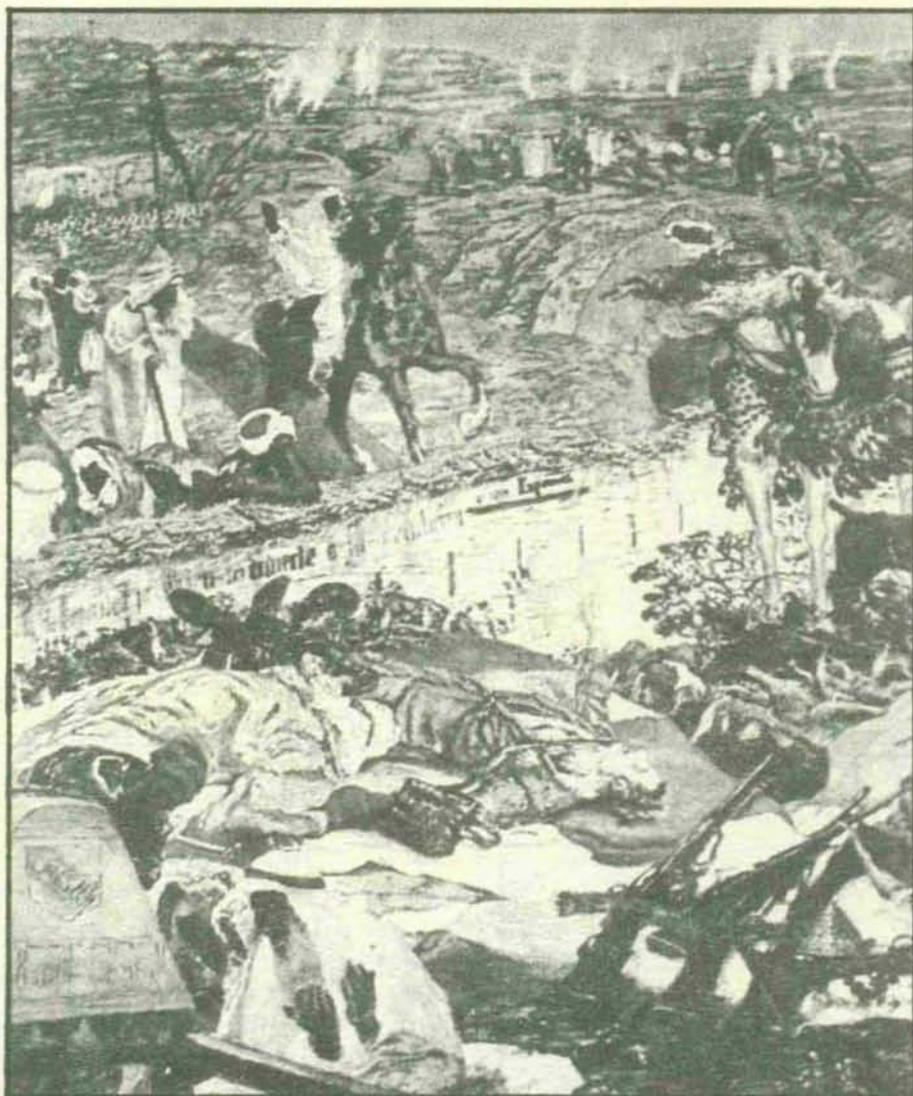
Las intervenciones militares en Marruecos no fueron en conjunto más afortunadas. La primera intervención (1859-60) culminó con la victoria de Wad-Ras, con la que España aumentó su territorio en Afri-



Arsenio Martínez de Campos. El 29 de diciembre de 1874 proclamó a Alfonso XII, al frente de la brigada Dabén, en Sagunto (1831-1900).



La voladura del acorazado «Maine», el 15 de febrero de 1898 en la bahía de La Habana, fue la causa buscada por los Estados Unidos para declarar la guerra a España. El 9 de junio del mismo año la escuadra española, mandada por el almirante Cervera, siguiendo instrucciones del Gobierno, salió a mar abierto, siendo destruida por la norteamericana. El 10 de diciembre de 1898 el tratado de París ponía fin a la guerra hispano-norteamericana. Y el 1 de enero de 1899 la bandera de los Estados Unidos sustituía a la de España en Cuba, Puerto Rico y Filipinas.



Cuadro de Muñoz Degrain, que representa el puesto de Igueriben a la llegada de los moros. El asedio duró seis días (del 15 al 21 de julio de 1921), fecha en que Fernández Silvestre ordenó el repliegue. Sólo 25 de los 300 hombres de la guarnición llegaron a Annual.

ca. Entre 1893-1894 fue necesaria una nueva intervención militar por un conflicto fronterizo. La guerra continua contra las tribus rebeldes fue creando un clima adverso a la guerra, que en 1909 cristalizó en Barcelona en «la Semana Trágica», en la que la población se sublevó ante el continuo embarque de nuevos contingentes para Africa. La burguesía supo desviar la revuelta hacia la quema de iglesias y conventos. Después de la represión fue fusilado, como presunto dirigente de la rebelión, el pedagogo Francisco Ferrer y Guardia.

En 1921, tras el aventurismo *del general Silvestre*, animado por el propio rey Alfonso XIII, se produjo el desastre de Annual, en el que perecieron



Juan Picasso González, teniente general perteneciente al cuerpo de Estado Mayor. A raíz del desastre de Annual tomó a su cargo la instrucción del expediente de responsabilidades que lleva su nombre. (El expediente Picasso se refería a las causas de la derrota sufrida por el ejército en Annual y tras el golpe de Estado de Primo de Rivera, en 1923, desapareció.)



Manuel Fernández Silvestre (1871-1921).

más de 8.000 soldados. El general Silvestre prefirió el suicidio antes que hacer frente a sus responsabilidades. El conocimiento de la derrota produjo un gran escándalo en todo el país, y el gobierno dimitió. La negligente administración de Marruecos fue el tema de apertura de las Cortes. A iniciativa del ministro Eza fue creada una comisión, presidida por el general Picasso, para establecer las responsabilidades. No obstante, los más directos implicados no iban a poder responder ante esta comisión, Silvestre se había suicidado, y Berenguer fue confirmado en su puesto de Alto Comisario del Protectorado, tras presentar su dimisión, con la promesa de inmunidad ante la comisión Picasso —aunque más tarde, al ser citado por la comisión, renunció voluntariamente a la inmunidad—.

La conflictividad siguió en Marruecos después de la tímida contraofensiva que salvó la crítica situación de Melilla.

Fue Primo de Rivera, después de su golpe de Estado, el que adoptó una enérgica política militar en el Protectorado, que culminó con una parcial pacificación.

La larga e intermitente campaña de Marruecos no sólo influyó en la moral de la población, que veía como se diezaban los reemplazos y se dilapidaban los impuestos, sino que produjo una profunda división entre los propios militares; se produjo la división entre los oficiales de carrera, que se agruparon mayoritariamente en torno a las «juntas», y los oficiales ascendidos en campaña,

«los africanistas». Al mismo tiempo, la moral militar se veía desprestigiada, tanto por su ineficacia en el campo de batalla como por el aireamiento de los frecuentes casos de corrupción que se dieron en la campaña de Marruecos.

Aparte de las campañas coloniales mencionadas España se enzarzó, a mediados del siglo XIX en una serie de aventuras militares que reportaron un nulo beneficio por la impericia política de la Corona. Tales fueron la intervención en Portugal (1834-1847); el destacamento enviado a Roma (1849), y la expedición a la Conchin-

china, junto a los franceses (1859-1863).

Salvo parciales victorias, en las que el tiempo actuaría inexorablemente en su contra, las intervenciones militares en el extranjero se vieron siempre sumidas en la impotencia y coronadas por el fracaso. Ello apartó a la población del patriotismo militarista del que gozaban otras naciones, al tiempo que creaba en el estamento militar un sentimiento de marginación, que se transformaría en un desprecio por los políticos civiles —a los que hacían responsables de sus fracasos— y que les llevaría a sentirse como los redimidores de la patria.

MADRID DIA 14 DE SEPTIEMBRE DE 1923
 NUMERO SUELTO 10 CENTS. 壹拾分

ABC

DIARIO ILUSTRADO AÑO DECIMO-NOVENO N.º 6.457
 10 CENTS. 壹拾分

MADRID EN SUS PROVINCIAS TRES MESES, 9. EXTRANJERO SEIS MESES, 36 PESETAS
 REDACCION Y ADMINISTRACION: SERRANO, 85. MADRID. APARTADO NUM. 43

LOS JEFES DEL MOVIMIENTO MILITAR
 LOS GENERALES PRIMO DE RIVERA (1), CAVALCANTI (2), SARO (3) Y BERENGUER (4). (FOTOS ALFONSO Y WALKER)

Portada del «ABC» del 14 de septiembre de 1923: En las imágenes, los cuatro generales responsables del golpe de Estado: Miguel Primo de Rivera (Capitán General de Cataluña), Cavalcanti, Saro y Federico Berenguer.

La intervención política del ejército

La intervención del ejército en la política se realiza en la España del siglo XIX de una forma original: El pronunciamiento. Este se realiza con la movilización de una parte de la tropa —generalmente, las fuerzas al mando del militar que se pronuncia—, al tiempo que se da a conocer una proclama o manifiesto. La mayoría de los pronunciamientos se dieron en forma incruenta, ya que su éxito depende más del apoyo que obtiene que de las tropas movilizadas. Julio Busquets establece dos épocas históricas para los pronunciamientos.

«La primera abarca entre 1814 y 1874 y corresponde al afianzamiento del liberalismo, que pugna todavía con el absolutismo, y finaliza cuando, en 1874, Alfonso XII establece la Monarquía Constitucional, y el país entra en un período de estabilidad, caracterizado por el turno pacífico de dos partidos en el poder, o quizás en un momento en que los canovistas incorporan el nacionalismo a su ideario y hacen que el mili-



Pintadas en los edificios públicos y monumentos de Madrid anunciaban ya el fin de la «Dictablanda» del general Dámaso Berenguer y aun de la Monarquía.

tar pueda sentirse cómodo en los partidos de derechas. La segunda época coincide con la agonía de la monarquía liberal y el auge de los sistemas socialista y nacionalista, y da lugar a otra época tumultuosa que comienza cuando Primo de Rivera derriba el orden constitucional, actualizando de nuevo tan anormal sistema de relevo de poder y dando pie para que sus enemigos políticos intenten derribarlo —como luego hicieron— de la misma forma, con lo que el país atraviesa, entre 1923 y 1932, una nueva época de pronunciamientos militares» (1).

A partir de la declaración de Elio ante el rey, en 1814, significándole el apoyo del ejército para el restablecimiento del absolutismo, se sucedieron hasta 1820 diversos intentos militares para imponer al rey la Constitución de Cádiz. Todos ellos fueron condenados al

fracaso. Fue el comandante Riego quien, en 1820, con las fuerzas concentradas en Cabezas de San Juan, próximas a ser embarcadas para ir a combatir a América, levantó, una vez más, la bandera del liberalismo. El éxito del pronunciamiento de Riego no se debió a su fuerza militar, ya que se limitó a pasearse por Andalucía con su tropa, proclamando la Constitución y rehuyéndose mutuamente con el ejército enviado para combatirlo. El éxito se debió a la movilización liberal que despertó la hazaña de Riego en distintas provincias, y, sobre todo, en Cataluña.

El pronunciamiento de Riego dio origen al denominado Trienio Liberal, que concluyó con la intervención de «Los Cien Mil Hijos de San Luis». Las posibilidades de actuación del ejército se vieron mermaidas el resto del reinado de Fernando VII por la drástica depuración que le impuso éste al ejército.

Es ya durante la regencia de M.^a Cristina, en plena I Guerra

Carlista, en que por el Motín de la Granja, se impulsa la elaboración de una nueva Constitución, la de 1837. La indecisión de la regente en aplicar la constitución provocó un nuevo pronunciamiento en 1839, el del general Espartero, representante del partido progresista, que asumirá él mismo la regencia.

Un nuevo pronunciamiento, en 1844, éste de carácter moderado, dirigido por Narváez, impone la mayoría de edad de Isabel II, que apenas contaría diez años. Narváez, como jefe de gobierno, promovió la elaboración de otra Constitución, de carácter más moderado, la de 1845.

Tras la década moderada se pronunciarían, en 1854, Espartero y O'Donnell. Ante las desavenencias que se suscitan O'Donnell, encabezando el partido de Unión Liberal, vuelve a pronunciarse dos años más tarde e impone una nueva Constitución liberal.

Después del «crac» económico de 1866 los generales

1. Julio Busquets: El militar de carrera en España. ARIEL, Barcelona, 1967, pág. 46.



El 10 de agosto de 1932 el general Sanjurjo se subleva en Sevilla contra el Gobierno de la República, fracasando su «pronunciamiento» a las pocas horas. (En la foto, Sanjurjo con su hijo, el general García de la Herrán y un jefe de la Benemérita por las calles de la ciudad.)

Prim y Serrano, en 1868, se «pronuncian» en nombre del partido democrático. Se inicia la revolución «Gloriosa». La reina debe partir al exilio y se elabora la Constitución democrática. El general Serrano ocupa la regencia mientras Prim se ocupa de buscar un monarca que se preste a jurar la nueva Constitución. En 1869, poco después del asesinato de Prim, Amadeo de Saboya juraba la Constitución. Pese a su buena voluntad, el reinado de Amadeo fue turbulento, y con su abdicación, en 1873, llegaría la República.

El ejército, a las órdenes del general Pavía, disolvía las Cortes a principios de 1874 y establecía un directorio militar. En 1875 un nuevo pronunciamiento, encabezado por el general Martínez Campos, restauraba en el trono a la casa de Borbón, personalizada en Alfonso XII.

Con la Restauración acaba el primer período de pronunciamientos. En esta época el ejército demuestra un talante liberal frente a los defensores del Antiguo Régimen y conservador ante el avance de las demandas de la clase obrera. El papel que juega el ejército es el que en otro caso habría tenido que jugar la burguesía en su ascendencia revolucionaria, y que, en España, por su debilidad y su división, no pudo jugar. El pronunciamiento militar vino a suplir la carencia de una burguesía políticamente activa.

Hubo muchos más pronunciamientos que los que aquí se han mencionado. El criterio de selección ha sido el de haber triunfado, el de haber influido decisivamente en la política del país. Los militares que fracasaron pagaron con su cargo —en el mejor de los casos— o con la vida su acción.

El segundo período de pronunciamientos establecido por Busquets se abre con el pronunciamiento de Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, en 1923. Contrariamente a lo que había sucedido en anteriores pronunciamientos, Primo de Rivera se reafirmó en el poder, instaurando lo que había de ser la primera Dictadura. Primo de Rivera fue presentado una vez como el Mussolini español, pero lo cierto es que la dictadura que implantó no siguió las pautas fascistas.

La implantación de la Dictadura militar no fue del agrado de gran parte del ejército, y no sólo de los oficiales más progresistas. Hubo diversos intentos de intervención militar para derrocar el régimen, pero ninguno de ellos fue coronado por el régimen. Ante la creciente hostilidad el dictador realizó una consulta a los más destacados jefes del ejército

sobre la conveniencia de prolongar la dictadura, y ante la respuesta negativa partió hacia el exilio.

Sanjurjo, ya en plena República, volvió a intentar el recurso del pronunciamiento en 1932 en Sevilla, declarando el estado de guerra. La rápida reacción del pueblo sevillano, que declaró la huelga general como muestra de disconformidad con el movimiento, hizo fracasar la acción. El general Sanjurjo fue condenado a muerte, conmutada esta pena por la de cadena perpetua, salió al exilio en 1934, tras el triunfo de las derechas.

El último golpe de Estado se dio el 18 de julio de 1936. Varios generales coordinados por el general Mola se sublevaron contra el gobierno republicano, declarando el estado de guerra. La reacción popular hizo fracasar el movimiento en las principales ciudades. La indecisión del gobierno republicano, la obstinación de los sublevados y el apoyo de las potencias fascistas convirtieron el



Emilio Mola (1887-1937).

levantamiento en una guerra civil.

Si en el primer período la política ejercida por los militares puede considerarse predominantemente de carácter liberal, acorde con las aspiraciones de las clases progresivas del país, en la segunda su intervención se muestra reaccionaria, defensora de los intereses más retrógrados de la sociedad.

Alfredo Kindelan define así la actuación política del ejército:

«El militar había llegado a creerse solo poseedor de la verdad entre miles de compatriotas errados; solo justo, solo honrado, solo patriota; y esta exaltación de un particularismo egoísta le llevó, lógicamente, a tratar de imponer sus acciones a los demás, por todos los medios, despóticamente, dictatorialmente, declarando la guerra al Estado» (2). ■ J.M. M.B.

2. Alfredo Kindelan: Ejército y Política. Pág. 188. Citado por Busquets, Op. cit. pág. 139.



Dos generales, Franco y Queipo de Llano, que con Mola se alzarían el 18 de julio de 1936 contra el Gobierno legítimo de la Nación y, tras una cruenta guerra civil, conseguirían alcanzar sus propósitos golpistas.